

sili Nikolaievitch al guardador de ganado.

—Es muy pesado, Vassili Nikolaievitch.

—¿Qué ocurre?—preguntó Eugenio.

—Pues que una vaca ha parido en el campo.

—Bueno; mandaré que enganche un caballo. Dí a Nicolás que lleve la narria. Marchóse el pastor.

—Mire usted... —dijo Eugenio, poniéndose colorado, y notándolo;—mire usted, Vassili Nikolaievitch, de soltero, estuve amancebado... Quizá lo haya usted oído decir...

Vassili Nikolaievitch sonrió con los ojos, y compadeciendo, sin duda, a su amo, dijo:

—¿Habla usted de Stepanida?

—Sí, eso es... Por consiguiente... ruego a usted que no la tome para trabajar a jornal en mi casa... Ya comprenderá usted que me desagrada...

—Probablemente será Ivan, el empleado, quien ha dado esa orden.

—Queda, pues, convenido... Y ahora ¿qué opina usted? ¿hay que añadir todo lo demás? —dijo Eugenio, para disimular su confusión.

—Casualmente, voy al momento.

—Entonces, concluyamos esto.

Y Eugenio se tranquilizó, confiando, que ya que había pasado un año sin

verla, sucedería lo mismo en adelante. «Además, Vassili Nikolaievitch va a hablar de ello al empleado; éste se lo dirá a Stepanida, y ella comprenderá que no quiero estas cosas,» pensaba Eugenio, y alegrábase de haber tenido valor para confidenciar con Vassili Nikolaievitch, por muy difícil que le fuera. «Sí; todo es preferible a esa duda, a esa vergüenza.» Extremecíase con sólo recordar ese crimen de su pensamiento.

XII

El esfuerzo moral realizado para vencer la vergüenza y decir a Vassili Nikolaievitch lo que le había dicho, calmó a Eugenio. Parecíale que ya estaba todo terminado, y Lisa notó el momento que estaba completamente sosegado y hasta más alegre que de costumbre. «Probablemente estaría disgustado por las peleas entre nuestras madres. En efecto, dada su sensibilidad y su carácter noble, es sumamente penoso estar oyendo siempre esas alusiones hostiles y de mal gusto,» pensaba Lisa.

Hacía buen tiempo. Siguiendo su costumbre, las mujeres, al ir al bosque para trenzar coronas de flores, acercá-

ronse a la escalinata exterior de la casa señorial y empezaron a danzar y cantar. María Paulovna y Bárbara Alexievna, elegantemente vestidas y llevando sombrillas, salieron a la escalinata y aproximáronse al corro. El tío, un borracho y libertino que veraneaba en casa de Eugenio, los seguía, con chaquetilla fina.

Había, como siempre, un gran círculo abigarrado de colores vivos, de mujeres jóvenes y de mozas, círculo que formaba el centro de todo. En torno de él, y por distintos lados, como planetas que se separan y giran en derredor del astro principal, veíanse, ora niñas que, asidas de la mano, hacían crujir sus faldas nuevas de indiana; ora muchachos que, riendo, perseguíanse y cogíanse unos a otros; ora mozos de más edad, con *poddiovkas* azules y negras, gorras y blusas encarnadas, pasaban y hacían crujir sin tregua, semillas de girasol; ora criados o extraños que miraban de lejos el carro.

Acercáronse las dos señoras al círculo, y tras de ellas, Lisa, con traje azul, una cinta del mismo color en los cabellos, y anchas mangas, de las cuales emergían sus brazos blancos y largos, de puntiagudos codos. Eugenio no tenía el menor deseo de salir; pero hubiera sido ridículo esconderse. Asomóse,

pues, a la escalera, con el cigarrillo en los labios, saludó a los mozos y aldeanos y habló con uno de ellos. Entretanto las mujeres cantaban a voz en grito los motivos del baile, aplaudían y danzaban.

—¡La señora llama a usted!—dijo un criado, acercándose a Eugenio, que no oía que su mujer le llamaba.

Llamábale Lisa para que viera bailar a una de las mujeres, cuya danza le agradaba extraordinariamente. Era Stepanida. Vestía falda amarilla, corpiño sin mangas y pañoleta de seda. Estaba gruesa, enérgica, colorada y alegre. Sin duda bailaba muy bien; pero Eugenio nada notó.

—Sí, sí—dijo éste, quitándose los lentes y volviendo a ponérselos;—sí, sí...

«¿Conque no puedo libramme de ella?» pensó. No la miraba, porque temía sus encantos; y precisamente por esto, lo que de ella veía de reojo antojábasele particularmente atractivo. Además, en sus brillantes ojos adivinaba que ella le veía o sabía que él la admiraba. Quedóse el tiempo suficiente para no parecer descortés, y notando que Bárbara Alexievna le llamaba, y, con sobrada afectación y falsedad le llamaba «hijo mío,» dió media vuelta y se marchó. Volvió a la casa. Se iba por no ver a Stepanida. Pero subiendo al piso su-

perior, sin siquiera saber porqué y cómo, acercóse a la ventana y permaneció asomado a ella todo el rato que las mujeres estuvieron junto a la escalinata, mirándola y comiéndosela con los ojos. Se fué antes que pudieran verle, y sin el menor ruido, salió al balcón. Encendió un cigarrillo, y, como para pasear, bajó al jardín, caminando en la dirección que ella seguía. Apenas había dado dos pasos por la alameda, cuando a través los árboles, divisó el corpiño sin mangas y la pañoleta roja. Stepanida iba con otra mujer a alguna parte. ¿Adónde? Y de pronto, un deseo terrible, abrasador, le cogió el corazón con la mano. Cual si obedeciera a una voluntad ajena a él, Eugenio se volvió y encaminóse hacia ella.

—¡Eugenio Ivanovitch! ¡Eugenio Ivanovitch! Tengo que pedir a usted una gracia—exclamó tras él una voz, y Eugenio vió al viejo Samokhine, empleado en cavar un pozo en su casa. Eugenio se repuso, y volviéndose rápidamente, llegóse a Samokhine. Cuando acabaron de hablar, volvió la cabeza y vió a las dos mujeres que se dirigían visiblemente al pozo o tomaban como pretexto ese camino. Pero no permanecieron allí mucho rato, y volvieron al corro.

Al separarse Samokhine, Eugenio regresó a casa tan abatido como si hu-

quiera perpetrado un crimen. En primer lugar, ella le había comprendido; ella suponía que deseaba verla y deseaba a su vez la misma cosa; además, la otra mujer, Ana Prokhorova, lo sabía seguramente todo. Y lo principal es que Eugenio se declaraba vencido. Sabía que ya no tenía su voluntad, que era impulsado por otra fuerza, que aquel día había escapado por milagro; pero que mañana, pasado mañana, sucumbiría.

Sí; estaba perdido; no lo comprendía de otro modo. ¡Hacer traición a su joven y amante mujer, en el campo, con una aldeana, a sabiendas de todos! ¡Eso era la pérdida, la terrible pérdida, tras la cual no se puede vivir! «No: hay que tomar medidas; es necesario.»

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer? ¿He de perecer así?—se decía.—¿No podrá hacerse nada? Sin embargo, algo hay que hacer: no pensar en ella.»

No pensar; y al momento, pensaba en ella, la veía ante sí, a la sombra de los plátanos.

Recordaba haber leído la historia de un viejo que, para librarse de la seducción de una mujer a quien tenía que imponer la mano para curarla, colocaba la otra mano en un brasero ardiendo. «Sí; estoy dispuesto a quemarme la mano antes que sucumbir.» Y mirando en torno suyo, cerciorándose de que

estaba solo en el cuarto, encendió una cerilla y aproximó a ella los dedos. «¡Ea! ¡Piensa ahora en ella!» se dijo irónicamente. Al sentir la quemazón, retiró los dedos ahumados, tiró la cerilla, y riéndose de sí mismo, exclamó: «¡Qué tontería! No es esto lo que hay que hacer. Hay que tomar medidas para no volver a verla... Marcharme o alejarla... Sí, alejarla. Dar dinero a su marido para que se instale en otro pueblo. Se sabrá... Se hablará... ¡Pero esto es preferible! ¡Vale más así!... Todo, antes que ese peligro. Sí, hay que hacerlo,» se decía, sin apartar de ella los ojos. «¿A dónde va?» se preguntó de pronto. Parecióle que ella le había visto junto a la ventana, y después de echarle una mirada, se iba de bracero con otra mujer cualquiera, en dirección al jardín, y balanceando el brazo que le quedaba libre.

Eugenio, sin saber él mismo por qué encaminóse al despacho.

Vassili Nikolaievitch, con levita nueva y muy untado de pomada, estaba tomando el té con su mujer y otra señora.

—¿Puede usted hablar un rato conmigo, Vassili Nikolaievitch?—preguntó Eugenio.

—Sí, señor. Ya hemos terminado.

—No; vamos afuera.

—Al momento. Mi gorra, Tania, y tapa el samovar—dijo Vassili Nikolaievitch, saliendo de buen humor.

Eugenio creyó notar que Vassili Nikolaievitch había bebido un poco; tal vez fuera esto una ventaja, pues quizá así viese con más simpatía su situación.

—Mire, Vassili Nikolaievitch... Otra vez quisiera hablar a usted de esa mujer...

—¿Qué ocurre? Ya dí orden de que no la volvieran a tomar.

—No; no es eso... He pensado, en general... y acerca de esto quiero hablar a usted y pedirle consejo... ¿No se podría alejar a toda la familia?

—¿Alejarla? ¿Y adónde?—preguntó Vassili Nikolaievitch, de una manera en que Eugenio creyó notar descontento e ironía.

—Pues he pensado... Se les podría dar dinero, o hasta terrenos en Kholtovskoié... con tal de que no esté aquí Stepanida.

—¿Pero cómo alejarlos? ¿Cómo arrancarlos de su tierra...? ¿Y qué le importa a usted que esté aquí?... ¿En qué le molesta?

—¡Oh! ¡Vassili Nikolaievitch, comprenda usted lo terrible que sería que mi mujer se enterara!

—¿Quién irá a decirselo?

—¡Y cómo vivir con esa ideal... En general, es penoso...

—¡Por poca cosa se preocupa usted!... A quien quiera que recordare faltas antiguas, se le sacará un ojo, y quien no haya pecado ante Dios, no es culpable ante el czar. ¹

—Sea como fuere, convendría alejarlos. ¿No podría usted hablar de esto al marido?

—¡Si no hay de qué hablar! ¡Oh, Eugenio Ivanovitch! ¿por qué se mete usted esas cosas en la cabeza!... Lo pasado se olvida... Todo llega... ¿Y quién osaría decir ahora algo malo de usted?

—A pesar de eso... hable...

—Bueno. Le hablaré, aunque estoy convencido de que nada resultará.

Esta conversación calmó un poco a Eugenio. Y notaba sobre todo que exageraba el peligro, a causa de su emoción. ¿Acaso había acudido a una cita con ella? No; había ido simplemente a pasear por el jardín, adonde ella vino por casualidad.

XIII

El día de la Trinidad, después de comer, Lisa, paseaba por el jardín, y al saltar un pequeño foso, para ir a un

1) Proverbios rusos.

prado en donde su marido quería enseñarle el trébol, dió un traspies y cayó. Cayó de lado, profirió un ¡ay!, y su esposo vió en el rostro una expresión de miedo al par que de dolor. Quiso levantarla; pero ella le apartó con la mano.

—No, Eugenio; espera un poco — le dijo con ligera sonrisa y mirándole con cara de culpable, según le pareció a él; —se me ha torcido un pie, nada más.

—¡Claró! Ya te lo tengo dicho, tiempo ha. ¿A quién se le ocurre saltar fosos, en ese estado? — reprochaba Bárbara Alexievna.

—Si no es nada, mamá; no es nada. Voy a levantarme al momento.

Levantóse ayudada por su marido; pero, en el mismo instante, palideció y pintóse en su faz el espanto.

—No, no me siento bien — dijo por lo bajo a Eugenio, para que no la oyese su madre.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿qué hacen? Ya decía que no anduvierais — gritó Bárbara Alexievna. — ¡Esperad! Voy a avisar a la gente. Lisa no debe andar. Hay que llevarla.

—Si no tienes miedo, Lisa, yo te llevaré — dijo Eugenio, pasándole el brazo izquierdo alrededor de la cintura. Agárrate a mi cuello. Eso es, así — e inclinandose, deslizó el brazo derecho por debajo de las piernas de su esposa y la

levantó. Nunca olvidó Eugenio la expresión de dolor, si que también de dicha, que en aquel momento se reflejaba en el rostro de su mujer.

—¿Peso mucho, querido?—preguntóle ella sonriendo.—Mamá corre y nos mira —e inclinóse contra él y le besó.—Lisa deseaba que su madre viera cómo la transportaba su marido.

Eugenio dijo a Bárbara Alexievna que no se diera prisa, que él llevaría a Lisa muy bien. Bárbara Alexievna se detuvo y empezó a gritar aún más fuerte:

—¡La vas a dejar caer! ¡Quieres matarla! ¡No tienes conciencia!

—¡Si la llevo muy bien!

—¡No quiero... no puedo ver cómo vas a matar a mi hija!—Y, dicho esto, marchóse al fin de la alameda.

—No es nada; ya se pasará—dijo Lisa sonriendo.

—Con tal que no tenga consecuencias como la otra vez.

—No, no me refería a eso: hablaba de mamá. Descansa, que estás fatigado.

Aunque la carga era pesada, Eugenio llevóla con orgullosa alegría hasta la casa, sin querer entregarla a la doncella y al cocinero a quienes Bárbara Alexievna había mandado a su encuentro. La transportó hasta el dormitorio y dejóla allí en la cama.

—Bueno; vete—dijo Lisa, atrayendo su mano y besándosela.—Nos arreglaremos con Anouchka.

María Pauvlovna había acudido también, desde el pabellón. Desnudaron a Lisa y acostáronla. Eugenio, sentado en la sala, con un libro en la mano, esperaba. Bárbara Alexievna pasó delante de él, con cara tan compungida y llena de reproches, que aterrorizó a Eugenio.

—¿Qué sucede?—preguntó Eugenio.

—¿Qué sucede? ¿A qué preguntarlo? Sucede lo que probablemente desearías, cuando has obligado a tu mujer saltar el foso.

—¡Bárbara Alexievna, eso es intolerable!—exclamó Eugenio.—Si quiere usted atormentar a las gentes y envenenarles la existencia... (iba a decir: ¡márchese a otro sitio! pero se contuvo). ¿No le avergüenza a usted proceder así?...

—¡Ahora es ya tarde!—respondió ella, y franqueó la puerta, moviendo victoriosamente la cabeza.

La caída era, en efecto, bastante mala; habíase torcido torpemente un pie, y era de temer un aborto. Todos sabían que nada podía hacerse, que no había más que dejarla descansar tranquilamente; no obstante, avisóse a un médico.

«Mi estimado Nicolás Stepanovitch—

escribía Eugenio al médico, — siempre fué usted tan bueno para nosotros, que espero no se niegue a asistir a mi mujer; ésta... etc.»

Escrita la carta, fué a la cuadra a dar órdenes para que enganchasen: había que preparar caballos para ir en busca del médico; otros para volver a llevarlo, y todo eso había de combinarse bien. Cuando lo hubo dispuesto todo y expedido al cochero, regresó a casa. Eran próximamente las diez de la noche. Su mujer estaba acostada y decía hallarse muy bien y no dolerle nada. Bárbara Alexievna, sentada ante la lámpara, oculta a Lisa por un montón de papeles de música, hacía una gran colcha encarnada de ganchillo, y claramente se notaba en su aspecto que, después de lo sucedido, no podía haber paz. «Los otros harán lo que quieran; pero yo, a lo menos, habré cumplido con mi deber».

Eugenio lo veía; pero aparentando no enterarse, contó con acento alegre y suelto que había enviado los caballos, y que la yegua Kavoujka iba muy bien como delantero del lado izquierdo.

—En verdad que está bien escogido el momento para probar caballos, cuando se necesita un socorro inmediato. Así volcarán probablemente el coche y el doctor caerá también a algún foso— dijo Bárbara Alexievna, mirando aten-

tamente, a través de los lentes, su labor, que acercó mucho a la lámpara.

—Sea como fuere, había que ir a buscarle... Yo he hecho lo que he creído mejor.

—Sí, recuerdo muy bien que tus caballos por poco me echan a una escalinata...

Esa era una invención suya, que databa de largo tiempo atrás; pero aquella vez, Eugenio cometió la imprudencia de decir que las cosas no habían sucedido exactamente como ella pretendía.

—No en vano repito siempre... ¡y cuántas veces se lo he dicho al príncipe! que nada hay más penoso que vivir con personas injustas y falsas. Todo lo soportaré, menos esto.

—Si es penoso para alguien, lo es para mí seguramente—dijo Eugenio.

—Sí, ya se ve.

—¿Qué?

—Nada, estoy contando las mallas.

En aquel momento, hallábase Eugenio junto a la cama. Lisa le miraba. Con una de sus manos húmedas, que tenía sobre la colcha, estrechó la mano del marido. «Aguántala por mí; no nos impedirá amarnos», decía con la mirada.

—Nada haré—murmuró Eugenio, besándole la húmeda y larga mano y los ojos, que se cerraron con el beso.

—¿Volverá a pasar lo mismo?—preguntóle el marido.—¿Cómo estás?

—Es terrible engañarse; pero creo que vive y que vivirá—dijo, mirándose el vientre.

—¡Sí, es horrible sólo el pensarlo!

A pesar de la insistencia de Lisa en que se marchase, Eugenio pasó a su lado la noche, durmiendo a medias y pronto a prodigarle, a cada momento, sus cuidados. Pero la noche fué buena, y a no ser porque esperaban al médico, quizá se hubiera levantado Lisa. El doctor llegó a la hora de la comida. Dijo que, aunque tales accidentes pueden provocar el peligro, no había, sin embargo indicaciones positivas, y que, por tanto, a falta de indicios contrarios, podía plantearse cualquier hipótesis. La deducción era que tenía que permanecer acostada y tomar tal y cual cosa, si bien el doctor era enemigo de drogas. Además, dió a Bárbara Aleievna una verdadera conferencia de la anatomía de la mujer, y ella le escuchaba moviendo la cabeza con presunción.

Después de recibir sus honorarios, deslizados, como de costumbre, en la palma de la mano, se fué el doctor, y la enferma quedóse en cama por una semana.

XIV

Eugenio pasó la mayor parte del tiempo junto al lecho de su mujer; la cuidaba, hablaba con ella, le leía, y, lo que es aún más meritorio, sufría sin chistar los pinchazos de Bárbara Aleievna, los cuales hasta sabía convertir en objeto de broma.

Mas no podía estar todo el tiempo en casa. En primer lugar, su mujer lo despedía, diciéndole que caería enfermo, si continuaba constantemente al lado de ella; además, la explotación requería frecuentemente su presencia. No podía él permanecer en casa, y ora iba a los campos, ora al bosque, ya al jardín ya a la troje, y por todas partes le acosaba el pensamiento y la imagen viva de Stepanida, de manera que rara vez conseguía olvidarla. Y esto era lo de menos, pues quizá hubiera podido vencer ese sentimiento; lo peor de todo era que él, que antes pasaba meses enteros sin verla, la encontraba ahora a cada paso. Era evidente que ella había comprendido el deseo de Eugenio de renovar las relaciones antiguas, y procuraba verle. Pero como ni uno ni otro habían dicho nada

y, por consiguiente, no se daban cita, limitábanse a hacer lo posible por encontrarse.

El mejor lugar para ello era el bosque adonde las mujeres iban con sacos a buscar hierba para las vacas. Eugenio lo sabía y pasaba todos los días por delante del bosque. Cada día pensaba no ir; pero cada día se llegaba al bosque, escuchaba el sonido de las voces y se detenía, con el corazón palpitante, tras un matorral, acechando por si era ella. ¿Qué falta le hacía saber si era ella? Lo ignoraba. De haber sido ella, y aun cuando estuviera sola, no hubiese salido Eugenio a su encuentro—así lo pensaba,—sino que hubiera huído de ella; pero necesitaba verla.

Una vez la encontró. Cuando él iba a entrar en el bosque, ella, en compañía de otras dos mujeres, salía, con un pesado saco henchido de hierba, a la espalda. Si hubiese llegado un momento antes, hubiérala hallado en el bosque; en tanto que ahora le era imposible volver con él allí, delante de las otras mujeres. A pesar de esta imposibilidad, de la cual se percató Eugenio, permaneció largo rato tras el bosquecillo de avellanos, a riesgo de llamar la atención de las otras mujeres. Como es natural, Stepanida no volvió; pero él continuó allí mucho tiempo. ¡Y con qué atractivos se

la presentaba su imaginación! Y no solo una, sino cinco y seis veces, y cada una con más fuerza. Nunca le había parecido tan seductora, y nunca le poseyó ella más completamente.

Eugenio sentía que no era ya dueño de sí, que se volvía casi loco. Su severidad para consigo mismo no flaqueaba; al contrario, persuadíase de toda la monstruosidad de sus deseos, y aun de sus actos: que actos eran sus esperas en el bosque. Sabía que le bastaba verla en cualquier parte, en un lugar sombrío, y tocarla, para entregarse a su pasión. Sabía que sólo le retenía la vergüenza ante la gente, ante ella y, probablemente, ante sí mismo. Y sabía también que buscaba las ocasiones en que no se notase esa vergüenza: la obscuridad, o un contacto que ahogase en él esa vergüenza, por la pasión bestial. Considerábase, pues, como un criminal inmundo, y se despreciaba y aborrecía con todas las fuerzas de su alma. Odiábase porque aun no cedía. Cada día pedía a Dios que le fortificase, que le librara de la pérdida; cada día decidía no volver a dar un paso, no volver a mirarla, olvidarla; cada día imaginaba medios para librarse de aquella obsesión y los ponía en práctica.

Pero todo era inútil.

Uno de dichos medios era ocuparse

sin cesar; otro, el trabajo corporal y el ayuno; un tercero, el análisis claro de la vergüenza que le caería encima cuando su mujer, su suegra y todos lo supieran.

Todo eso hacía, y parecía vencer; pero al llegar el mediodía, la hora de sus antiguas citas, la hora en que la veía con el saco de hierba, se iba al bosque.

Así transcurrieron cinco días penosos. No la veía más que de lejos y ni una sola vez se acercaba a ella.

XV

Lisa se reponía poco a poco; ya empezaba a andar, y preocupábala la variación operada en su marido y que ella no comprendía.

Bárbara Alexievna se marchó por una temporada, y ya no quedaba con ellos más que el tío y María Paulovna.

En ese estado de semilocura hallábase Eugenio cuando, como ocurre a menudo tras las tormentas de junio, llegaron las lluvias, que duraron varios días. Esas lluvias trastornaron todos los trabajos; ni siquiera se podía recoger el estiércol a causa de la humedad y el

barro; los campesinos quedábanse en sus casas; a los pastores costaba mucho trabajo hacer que los rebaños volvieran a los establos; algunos corderos y vacas huyeron a diferentes patios, y mujeres tapadas con chales, chapoteaban descalzas en el lodo, en busca de las vacas fugitivas. En los caminos formábanse arroyos; todas las hojas y la hierba toda estaban mojadas; desbordábanse los riachuelos y las charcas.

Eugenio estaba en casa con su mujer, quien aquel día se hallaba particularmente disgustada. Varias veces había interrogado a su marido respecto de la transformación de su humor, y todas ellas contestóle él, enfadado, que nada tenía. Lisa dejó de interrogarle; pero estaba triste. Permanecían sentados en la sala, después del desayuno. El tío contaba por centésima vez sus aventuras mundanas, inventadas por él. Lisa fabricaba un chaleco de ganchillo, y suspiraba, quejándose del mal tiempo y de dolor de riñones. El tío pedía vino, y aconsejábala que se acostase. Eugenio se aburría soberanamente en casa. Todo era allí miserable y fastidioso. Él fumaba, al tiempo que leía un libro, sin entender nada. «Sí; hay que ir a ver lo que pasa,» pensó, y levantóse para salir.

—Lleva paraguas.

—No, llevo el abrigo de cuero, y no voy lejoso.

Púsose las botas, el abrigo de cuero y marchó a la fábrica. Pero apenas había andado veinte pasos, le salió ella al encuentro, con la falda recogida por cima de sus blancas pantorrillas. Caminaba, reteniéndose con las manos el chal que le cubría la cabeza y los hombros.

—¿Qué te sucede?—preguntó Eugenio sin conocerla. Cuando la reconoció era ya tarde. Detúvose Stepanida, y sonriendo, le miró detenidamente.

—Busco un ternero. ¿A dónde va usted con tan mal tiempo?—le preguntó ella, como si se vieran todos los días.

—Ven a la cabaña—dijo de pronto Eugenio, sin saber cómo, y cual si esas palabras las hubiera pronunciado otro.

Stepanida expresó con los ojos una señal de asentimiento y se fué al jardín, hacia la choza. Él prosiguió su camino, con intención de dar la vuelta al bosquecillo de lilas e ir a reunirse a ella.

—¡Señorito!—gritaron súbitamente detrás de él.—La señora dice que vaya usted un momento.

Era Miguel, su criado.

«¡Dios mío! Me salvas por segunda vez,» pensó Eugenio, y acto seguido, regresó a casa. Lisa quería recordarle que él había prometido una poción a

una mujer enferma, y suplicábale que la cogiese.

En tanto que se buscaba y preparaba la poción, trascurrieron unos quince minutos; luego, al salir Eugenio, no se atrevió a ir directamente a la cabaña, por miedo a que le vieran de la casa. Pero así que estuvo fuera del alcance de la vista, dió un rodeo y se encaminó allí. En su imaginación, veía ya a Stepanida en medio de la cabaña, sonriendo alegremente. Pero ni aquella estaba allí ni nada indicaba que hubiera estado. Al punto pensó Eugenio que tal vez ella no oyera ni entendiese las palabras que él había murmurado entre dientes por miedo a que las oyese, o que acaso no hubiera querido ir, y por eso no había ido. «¿Y por qué habría de venir a echárseme al cuello?» pensó. «Tiene su marido. Yo sólo soy miserable hasta el extremo de que, teniendo una mujer buena, corra tras otra.» Así pensaba, sentado en la choza, en la que corría el agua. ¡Qué dicha si ella hubiera venido! Aquí, solitos, mientras llueve. ¡Poseerla una vez por lo menos, y suceda lo que sucediere! «¡Ah! sí—pensó, haciendo memoria:—sí ha venido, pueden hallarse sus huellas.» Miró el suelo, en el sitio de una veredita sin hierbas, y vió la huella reciente de un pie descalzo. Sí; ella había ido.

«Ahora, se acabó; en cualquier lugar en que la encuentre, me acercaré a ella. Iré a su casa, de noche.» Permaneció largo rato sentado en la cabaña, y salió de ella atormentado y extenuado. Llevó la poción, volvió a su casa, y acostóse en su cuarto, en espera de la cena.

XVI

Antes de cenar fué a verle Lisa, intentando siempre averiguar la causa de su descontento. Dijole ella que, temiendo que a él le fuera desagradable ir a Moscou, adonde querían llevarla para el alumbramiento, había decidido quedarse y no ir a Moscou por nada del mundo. Eugenio sabía que Lisa temía el parto y el no dar a luz un niño hermoso, y a pesar suyo, enterneciése al ver la facilidad con que Lisa lo sacrificaba todo por su amor a él. ¡Todo tan bueno, tan puro y alegre en el hogar, y tanto fango, cobardía y horror en su alma! Toda la noche padeció Eugenio, al pensar que, no obstante su sincera repugnancia a su debilidad y a pesar de su firme resolución de acabar de una vez, al día siguiente le sucedía lo mismo «¡No; esto no es posible!»—se decía, pa-

seándose por el cuarto. — «Debe de haber algún remedio contra esto. ¡Qué hacer, Dios mío!»

Alguien llamó a la puerta, de modo no acostumbrado. Eugenio sabía que era su tío.

—¡Adelante!—dijo.

El tío venía para hablarle de Lisa, como embajador nombrado por sí mismo.

—Sabes que, en efecto, noto en tí un cambio, y comprendo que esto atormenta a tu mujer. No hay duda de que es triste para tí abandonar el magnífico negocio que has empezado; sin embargo, yo te aconsejaría que marches. Los dos estaréis más tranquilos. Pero, mira, te aconsejaría que fueras a Crimea: el clima es allí magnífico; hay un comadrón muy bueno, y os encontraréis allí precisamente en la época de las uvas.

—¡Tío!—exclamó de pronto Eugenio.

—¿Podría usted guardar mi secreto... secreto vergonzoso, terrible para mí?

—¿Qué dices? ¿Dudas de mí?...

—Puede usted, ayudarme, tío, y no sólo ayudarme, sino salvarme—dijo Eugenio. Y la idea de revelar su secreto al tío, a quien no apreciaba, el pensar que iba a presentarse a él bajo el aspecto más feo, a humillarse ante él, le disgustaba. Sentíase cobarde, culpable, y quería castigarse.

—Habla, hijo mío, habla; ya sabes cuánto te quiero—dijo el tío, visiblemente contentísimo de ver que Eugenio tenía un secreto, y un secreto vergonzoso, y que él sería el confidente y podría ser útil.

—Ante todo debo decir a usted que soy un granuja, un canalla, un miserable cobarde...

—¿Qué dices?—preguntó el tío, enrgiéndose.

—¿No soy un miserable, cuando yo, marido de Lisa, de Lisa—hay que conocer su pureza, su cariño—quiero engañarla con una campesina?

—Es decir... Porque quieres... Aún no la has engañado...

—¡Oh! Es lo mismo que si la hubiera engañado. Si no lo he hecho, no ha sido por culpa mía.... Yo estaba dispuesto... Me lo impidieron; de lo contrario... no sé lo que hubiera hecho...

—Pero, veamos; explícate.

—Pues bien; mire usted, de soltero cometí la tontería de tener relaciones con una mujer de nuestra aldea... es decir, nos veíamos en el bosque, en los campos.

—¿Es guapa?—preguntó el tío.

A esta pregunta, Eugenio frunció las cejas; pero necesitaba tanta ayuda, que aparentó no haber oído, y prosiguió:

—Pues bien; creí que aquello no tenía importancia, que al llegar la ruptura

quedaría todo terminado. Y en efecto, rompí con ella antes de casarme, y durante un año, no la he visto ni he pensado en ella.—Eugenio estaba asombrado de oírse describir así su estado de ánimo.—Pero de pronto, ni siquiera sé cómo (a veces creo de veras en la fascinación) la he vuelto a ver, y el gusano ha penetrado en mi corazón y lo roe. Me injurio, comprendo todo el horror de mi acción, es decir, la que estoy preparado a cometer en cuanto la ocasión se presente, y no obstante, continúo buscando esa ocasión, y hasta ahora, Dios solo me ha salvado. Ayer iba a buscarla, cuando me llamó Lisa...

—¿Cómo? Cuando llovía...

—Sí. Estoy extenuado, tío, y he resuelto confesarme a usted y pedirle auxilio...

—Sí, indudablemente... en tu aldea, no está bien... Se sabrá... Comprendo que Lisa está débil... Hay que tratarla con consideración... Pero ¿por qué en tu granja...?

De nuevo intentaba Eugenio no escuchar lo que su tío decía y llegar al fondo del asunto.

—Lo que le pido es que me salve de mí mismo. Hoy, ha sido la casualidad quien me ha impedido sucumbir; pero, actualmente, ella también sabe... No me deje usted nunca solo...

—Sí—dijo el tío; pero ¿tan enamorado estás?

—¡Oh! ¡no hay duda de eso! No; es que me ha cogido una fuerza cualquiera y me sujeta. No sé que hacer. Tal vez, cuando sea más fuerte...

—Pues bien; he aquí el auxilio—dijo el tío:—¡vámonos todos a Crimea!

—Sí, eso es, vámonos, y entretanto, me quedaré con usted; hablaremos...

XVII

El hecho de haber confiado a su tío el secreto, y especialmente los tormentos de la vergüenza que padeció después de aquel día de lluvia, repusieron a Eugenio. Señalóse para la semana siguiente la marcha a Yalta. Durante la semana que quedaba, fué Eugenio a la ciudad, para procurarse dinero para el viaje; dió órdenes en la oficina para la explotación y para la casa, y de nuevo se tornó alegre y confiado con su mujer. Renació, moralmente.

Partió con su esposa a Crimea, sin volver a ver una sola vez a Stepanida desde el día de la lluvia. Pasaron dos meses deliciosamente. Tenía tantas nuevas impresiones Eugenio, que todo lo

pasado semejaba completamente desaparecido de su memoria. En Crimea encontraron antiguos conocidos, entablaron con ellos relaciones más íntimas y creáronse así nuevas amistades. Para Eugenio, la vida allí era una fiesta continua y además, era para él muy instructiva y útil. Relacionáronse con el antiguo mariscal de la nobleza de su provincia, hombre liberal, inteligente, que tomó cariño a Eugenio y procuró que éste se lo tomara.

A fines de agosto, Lisa dió a luz una robusta niña, y el parto fué completamente inesperado y felicísimo. En septiembre regresaron a su casa los Irtenieff, llevando consigo a la niña y la nodriza, pues Lisa no había podido criar. Libre del todo de las antiguas torturas, Eugenio volvía a su casa enteramente feliz, como otro hombre. Luego de haber pasado por las angustias que tienen los maridos durante los alumbramientos de sus esposas, empezó a amar aún más intensamente a la suya. Lo que tenía hacia el niño, al coger éste en brazos, era un sentimiento del todo nuevo, muy agradable, con la sensación de un cosquilleo. Lo que también se hacía nuevo en su vida era que a sus ocupaciones en la granja se unía un interés más. En efecto, gracias a su intimidad con Dumchine (el antiguo

mariscal de la nobleza), interesábase ahora en el *Zemstvo*¹, a la vez por vanidad y por deber, según pensaba. En octubre debía ser convocada la asamblea general extraordinaria en que había de procederse a su elección. Desde su regreso de Crimea, fué una vez a la capital y otra a casa de Dumchine. Ya no pensaba más en los padecimientos de la vergüenza y de la lucha, y hasta le era difícil imaginarlos. Antojábasele eso una especie de accesos de locura de que había estado atacado. Sentíase ya libre de ellos hasta tal punto, que ni siquiera temió preguntar por Stepanida a la primera ocasión, una vez que se halló a solas con su intendente. Como ya le había hablado de ella, no le avergonzaba interrogarle.

—¿Qué hace Petchnikoff, Sidor? ¿continúa no estando en casa?—preguntó:

—No; sigue en la ciudad.

—¿Y su mujer?

—¡Bah! No sirve para nada. Ahora vive con Zinovei. Está enteramente perdida.

—¡Hola! Eso es bueno...—pensó Eugenio.—¿Qué raro? Ahora, todo eso me es absolutamente indiferente. ¡Cómo he variado!

1) *Zemstvo*: Asamblea provincial en Rusia.

XVIII

Cuanto Eugenio había deseado, sucedía: quedábale la granja; la fábrica marchaba bien; la cosecha de remolacha era magnífica, y podía esperarse buena renta; su mujer había dado a luz felizmente; la suegra se había marchado, y él fué elegido por unanimidad.

Después de la elección, volvió Eugenio a su casa. Le felicitaron. Quiso dar las gracias, y, en la comida, bebió cinco copas de champaña. Presentábasele una organización de vida completamente nueva.

Regresaba a casa reflexionando en sus planes. Era pleno verano. El camino era bello; el sol, claro. Al aproximarse a su casa, Eugenio pensaba que, gracias a aquella elección, iba a ocupar entre el pueblo la posición que siempre había deseado tener, es decir que podría servirlo, no solamente por los productos que da el trabajo, sino también por la influencia directa. Figurábase cómo de allí a tres años le juzgarían, su mujer y los demás, los aldeanos, «éste, por ejemplo», pensó al cruzar la aldea y ver a un campesino y su mujer que,

llevando un cubo de agua, le salían al encuentro. Detuviéronse para dejar pasar su cochecillo. El campesino era el viejo Petchnikoff, y la mujer, Stepanida.

Eugenio la miró; la reconoció, y, con gran alegría sintió que estaba completamente tranquilo. Ella seguía tan atractiva; pero no le turbó en modo alguno. Llegó Eugenio a casa.

Su mujer le aguardaba en la escalera exterior. La tarde era magnífica.

—¿Qué tal? ¿Se te puede felicitar?—le preguntó el tío.

—Sí. Me han elegido.

—Muy bien. Ahora hay que celebrarlo.

A la mañana siguiente, fué Eugenio a la granja, que tenía algo descuidada. En la aldea funcionaban nuevas máquinas de zurrar el trigo. Para examinar el trabajo, circulaba Eugenio entre las mujeres, procurando no parar en ellas la atención. Pero, a pesar de sus esfuerzos, vió dos veces los ojos negros y la pañoleta roja de Stepanida, que traía paja; dos veces la miró a hurtadillas, y de nuevo sintió algo, aunque no se percataba de lo que fuere.

Pero, al día siguiente, cuando volvió a la granja, en donde permaneció dos horas, sin necesidad, y sin dejar de acariciar con la mirada la imagen conocida

y bella de la joven, sintió que estaba perdido, perdido sin remisión. De nuevo el padecer, de nuevo el padecer, de nuevo todo aquel horror, y no había salvación.

Sucedió lo que temía. La tarde siguiente, sin saber cómo, hallóse junto a la valla del patio, cerca del hórreo de la hierba, en donde, el otoño, tuvieron cita una vez. Cual si hubiera ido allí paseando, se detuvo y empezó a fumar un cigarrillo. Vióle una vecina y, volviendo al mismo sitio, él la oyó que decía a alguien: «Vete, que hace más de una hora que te espera. ¡Ve, tonta!» Eugenio no podía ya retroceder, porque le salía al encuentro un labriego; pero vió una mujer, ella, que corría hacia el hórreo.

XIX

Y empezó lo de antes; pero con fuerza decuplicada. Por la noche, Eugenio pensaba; pensaba cosas terribles. Pensaba que su vida estaba vacía, que era aburrida, y que la verdadera vida estaba allí con aquella mujer robusta, enérgica y siempre alegre. Cogerla, ponerla en un coche o en el tren, y desaparecer

en la estepa o en América... Y acudían a su mente varias ideas por ese estilo.

Al entrar en la sala, todo le pareció raro, no natural.

Por la mañana, levantóse aun animoso, decidido a olvidar, a no permitirse pensar. Pero, sin siquiera notarlo, toda la mañana, indiferente a su trabajo, afanáse por librarse de él. Lo que antes se le antojaba importante, y le regocijaba, parecía ahora insignificante. Inconscientemente procuraba eximirse de su tarea. Creía necesario desembarazarse de la preocupación de los negocios, para reflexionar bien en todo. Y desentendíase de ellos y se quedaba solo. Pero, así que estaba solo, iba a errar por el jardín o por el bosque. Y todos esos lugares estaban llenos de recuerdos que le absorbían por completo. Caminaba por el jardín, pensando que habría que decidir algo; pero en nada reflexionaba, y loca e inconscientemente, esperábala. Esperaba que, por cualquier milagro, sintiera ella lo mucho que él la deseaba y fuese allí, o a otro sitio en que nadie los viera; que por la noche, cuando no hubiere luna ni nadie, que en semejante noche vendría ella, y él poseería su cuerpo.

«Sí, ved ahí, pensaba; ved ahí: por la salud, me entretuve con una mujer sana, robusta... No; es evidente que con

ella no puede jugarse ese juego. Creía yo haberla cogido, y ella es quien me ha cogido a mí; me ha cogido y no me suelta. Yo me creía libre, y no lo era. Yo mismo me he engañado, al casarme. Todo era estupidez, mentira. Desde el momento en que la poseí, he experimentado un sentimiento nuevo... el verdadero sentimiento del marido. Sí, debo vivir con ella... ¡Qué majadería voy a pensar! ¡No puede ser! — exclamó de repente;—hay que pensar en todo.»

Fué a los campos y púsose a reflexionar. «Sí, para mí, hay dos vidas posibles: una, la que he comenzado con Lisa, las funciones públicas, la explotación, la hija, el respeto de las gentes. Para continuar esta vida, es menester que Stepanida no exista. Hay que alejarla, como yo decía o hacer que desaparezca de cualquier manera. La otra vida es esta: raptársela al marido, darle dinero, desafiar la vergüenza y vivir con ella... Pero, en ese caso, es preciso que ni Lisa ni Mimí (la niña) existan... No, porque... La niña no estorba... Mas hace falta que Lisa desaparezca, que se vaya, que lo sepa y me maldiga; pero que se vaya... Que sepa que la he dejado por una aldeana, que soy un infiel, un cobarde... ¡No, eso es demasiado horrible! ¡No, no puede ser!... Sí; pero tal

vez se arregle todo de otra manera... Lisa puede caer enferma... morir... Muerta ella, todo irá bien.

«¿Bien?... ¡Miserable! No: si debe morir una de ellas, más bien la otra. Si Stepanida muriese, todo se arreglaría bien... Sí, he ahí como se envenena o se mata a las mujeres, a las amantes... Se coge un revólver, se la hace venir, y en vez de besos... ¡pum! un tiro en el pecho... y todo ha concluído... ¡Es el demonio! ¡Sí, el demonio, de veras! Ella se ha posesionado de mí contra mi voluntad... ¿Matarla? Sí... No hay más que dos salidas: matarla o matar a mi mujer... ¡Porque vivir así, es imposible! ¡imposible!... Hay que reflexionar y considerarlo todo... ¿Qué sucederá, si se dejan las cosas tal como están? Sucederá que de nuevo me prometeré a mí mismo no volver a verla, renunciar a ella; pero no haré más que decirlo y, por la tarde, la esperaré, y ella lo sabrá y vendrá... O lo sabrá la gente y se lo dirá a mi mujer, o bien, se lo diré yo mismo, porque no puedo mentir ni vivir así. No lo puedo... Todo se sabrá... Lo sabrá todo el mundo... ¿Y qué? ¿No se puede vivir así? No; no se puede... No hay más que dos soluciones: matarla o matar a mi mujer... O también... sí... Hay otra; matarme—dijo muy quedo, y, de pronto, corrióle un calofrío por la

piel.—Sí, suicidarse, y así no hay ninguna necesidad de matarlas».

Se estremecía de horror, precisamente porque veía que esa solución era la única posible. «Tengo un revólver... ¿Me voy a matar? He ahí una cosa en que nunca había pensado... Será extraño...»

Entró en casa, fué a su cuarto; y al momento, abrió el cajón en donde estaba el revólver. Pero, antes de que tuviera tiempo de sacarlo, entró su mujer.

XX

Echó un periódico sobre el revólver.

—¿Otra vez lo mismo?—dijo Lisa, inquieta, mirándole.

—¿Cómo lo mismo?

—La misma expresión terrible que tuviste antes, cuando no quisiste decirme... Dime lo que tienes, querido mío... Veo que padeces... Habla, y eso te aliviará... Cualquier cosa, antes que tus dolores... Ya sé que no puede ser nada malo...

—¿Eso crees?

—¡Habla! ¡habla! No te dejaré...

Eugenio dejó ver una sonrisa lastimosa.

—¿Hablar?... No, es imposible... Además, no hay nada que decir.

Tal vez se lo hubiera contado todo; pero en aquel momento entró la nodriza a preguntar si podía ir de paseo. Lisa salió para vestir a la niña.

—Luego me lo dirás... Vuelvo al instante.

—Sí, puede ser...

Nunca pudo Lisa olvidar la sonrisa de dolor con que pronunció esas palabras. Salió ella.

Presurosamente, pero como un malhechor, cogió Eugenio el estuche, y sacó el revólver. «¿Está cargado? Sí; pero desde hace mucho tiempo... Ya se ha disparado una bala... ¡Bueno! ¡suceda lo que sucediere!»

Aplicóse el arma contra la sien, titubeó un momento; pero, acto seguido, acordándose de Stepanida, de su resolución de no verla, de la lucha, la tentación, la caída y la vuelta a la lucha, estremecióse de horror. «No; antes esto.» Y apretó el gatillo.

Cuando Lisa acudió al cuarto (apenas tuvo tiempo de bajar del balcón) Eugenio estaba tendido boca abajo, en el suelo. De la herida manaba en abundancia una sangre negra, espesa, y su cuerpo temblaba aún.

Instruyóse sumario. Nadie podía explicarse la causa del suicidio. Al tío no

se le ocurrió ni por casualidad que pudiera tener alguna relación con la confesión que Eugenio le había hecho dos meses antes.

Bárbara Alexievna aseguraba que ella siempre lo había predicho. «Eso se veía cuando él discutía».

Ni Lisa ni María Paulovna podían comprender cómo había sucedido aquello, y menos aun podían compartir la opinión de los doctores que pretendían que Eugenio era psicópata, medio loco. No querían admitirlo, porque sabían que era mucho más sensato que la mayoría de los hombres a quienes ellos conocían.

Y, en efecto, si Eugenio era enfermo psíquico, todos los hombres lo son igualmente, y, de entre ellos, los más enfermos son los que ven indicios de locura en otros y no los ven en sí mismos.

FIN